

Un Cristo armado para "Iglesia Joven"

LA prensa y radio han informado ampliamente sobre los hechos ocurridos el domingo 4 de mayo en la Iglesia de El Bosque con motivo de la consagración como Obispo del señor Ismael Errázuriz Gandarillas.

La Iglesia Joven, cuya finalidad fundamental es el retorno al primitivo cristianismo basado en la fraternidad de todos los hombres y, por lo tanto, en la igualdad y comunidad de bienes, no acepta que se sigan vulnerando gravemente las normas, tradiciones y costumbres de aquella Iglesia.

Durante los primeros siglos del cristianismo los jefes u obispos de las comunidades cristianas eran designados por el "pueblo cristiano", no eran impuestos por la autoridad a través de decretos o bulas pontificias venidas de muy lejos y sin otros antecedentes que los proporcionados por terceras personas, todas ellas componentes de la alta burguesía, o ligadas fuertemente al régimen de explotación que sufre la clase trabajadora en nuestro país.

Jamás se ha consultado al obrero, al empleado o al campesino cristiano para la designación de sus "pastores", y es así como a estos altos cargos llegan, por lo general, los apellidos "vinosos", como los Errázuriz, los Gandarillas, los Valdivieso, los Salas, etc.

La Iglesia Joven, el domingo 4 de mayo, al concurrir a la consagración del nuevo Obispo objeto, durante la ceremonia, este procedimiento antidemocrático y por lo tanto anticristiano, obteniendo como respuesta la violencia ejercitada por un grupo de "nazificudianos", todo ello con la anuencia y regocijo de la autoridad eclesiástica, representada en ese momento por la casi totalidad de los Obispos de Chile, presididos por el Cardenal-Arzbispo de Santiago.

Los que condenan la violencia para alcanzar un mendrugo de pan para los pobres, que representan auténticamente a Cristo en la tierra, para los que luchan por tener un pedazo de tierra donde levantar su rancho, para los que "tienen hambre y sed de justicia", no tienen el menor escrúpulo de conciencia al organizar la violencia en contra de quienes solicitan se vuelva a la tradición cristiana en que los Obispos deben ser elegidos por la comunidad cristiana.

La posición de la Iglesia Joven está fundamentada en los documentos de los Padres de la Iglesia y en una de las fuentes de revelación que es la tradición de la Iglesia.

La autoridad eclesiástica antes de rasgar sus vestiduras por estos hechos justos y legítimos, debe mirar la viga en su propio ojo y no la paja en el ajeno. ¿Qué han dicho o dijeron estos representantes de la Iglesia cuando los gobiernos, en virtud de protocolos diplomáticos designaban de hecho a los obispos de nuestro país y de muchos otros? ¿Acaso esos gobiernos poseían el Espíritu Santo para ejercer ese derecho? ¿Acaso el

Emperador de Austria-Hungría, en su tiempo, no tenía la misión divina de "vetar" la designación de los Sumos Pontífices? ¿Acaso los reyes o príncipes de esta tierra no eran los designados para determinar los sucesores del humilde obrero de Galilea?

En esta forma se estructuró la Iglesia Católica durante 18 siglos y hoy se condena a quienes exigen que sólo la comunidad cristiana tiene esta facultad, la que sólo es realizada externamente por la autoridad competente.

No se crea que este problema interno de la Iglesia es baladí. Es un problema que está afectando hondamente al cristianismo y los síntomas de este profundo malestar se están palpando en todo el mundo a través de la rebelión de numerosos grupos de sacerdotes y de no pocos Obispos.

La Iglesia Joven no constituye una nueva Iglesia y no pretende ser reconocida oficialmente por la jerarquía eclesiástica (ello constituiría un absurdo que sólo cabe en el cerebro de un señor Gómez Ugarte, que formuló declaraciones a las "Últimas Noticias", hija putativa de "El Mercurio"). Es lamentable que aún algunos miembros del clero persistan en su actitud de fieles acólitos de la oligarquía económica de este país, de vulgares sirvientes de aquellos a quienes Cristo fulminó con palabras de fuego. "Hipócritas y fariseos, les decía, que por fuera aparecéis limpios y por dentro estáis llenos de carroña e inmundicia, como los sepulcros blanqueados". Hasta hace muy pocos años la jerarquía eclesiástica en nuestro país era gobernada por el ex Partido Conservador y los que no pensaban como sus dirigentes eran prácticamente excomulgados y hasta se les impedía realizar labores específicamente religiosas, como ocurrió el año 1928 al clausurarse la Capilla de Jesús Obrero ubicada en la Casa N° 1 del Pueblo, por el solo hecho de llamarse "Jesús Obrero". Los sacerdotes que no se sometían a este régimen de distorsión sacrilega y simoníaca del cristianismo, eran perseguidos cruelmente como ocurrió con el Padre Fernando Vives Solar, al ser relegado en tres ocasiones fuera del país y con el presbítero Guillermo Viviani al ser suspendido de sus funciones eclesiásticas por el "delito" de ser el capellán de "Jesús Obrero".

Nunca el pueblo trabajador, los pobres y los humildes fueron apoyados decidida y valientemente por los fariseos: o callaban o aplaudían toda acción que significara aplastar la voz del pueblo. No nos extrañemos, por lo tanto, que el marxismo nos llamara "oplo del pueblo", cuando lo éramos en realidad predicando la humildad y la resignación ante la injusticia y los atropellos, cuando los predicadores llegaban en las épocas de misiones a los fundos y a las haciendas a decir a los campesinos que en esta tierra debíamos acatar la voluntad de Dios, sometiéndonos a la pobreza y a la miseria y reverenciar al patrón como representante de Dios en la tierra.

Los campesinos veían que su patrón, el explotador, el que los tenía muertos de hambre y en la más absoluta miseria, se llamaba "cristiano" y contaba con todo el aprecio y

el respeto de los curitas. Esta imagen objetiva del cristiano-católico, totalmente reñida con la imagen auténtica de la doctrina de Cristo, trajo como necesaria y lógica consecuencia, no sólo el alejamiento del pueblo de la Iglesia Católica, sino que el odio de ésta hacia esa institución.

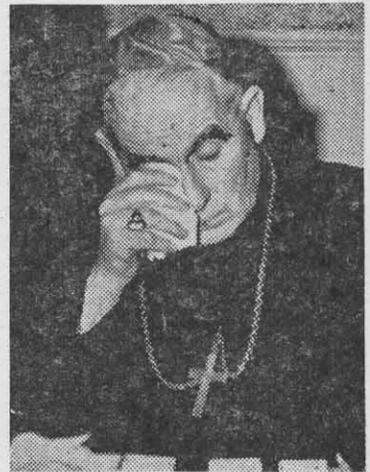
De ahí se originó la pugna entre marxismo y cristianismo oficial. Pugna y diferencias nacidas, como lo hemos visto, por una deformación substancial de la doctrina de Cristo, siendo que ambas coinciden plenamente en sus objetivos fundamentales, cuales son la redención integral del pueblo, la desaparición de las clases sociales, la igualdad y comunidad de bienes según la necesidad de cada persona o núcleo familiar, en una palabra alcanzar la felicidad del hombre en esta tierra y no sólo esperanzarlo en un cielo en el cual volvería a encontrarse con sus explotadores y victimarios.

Si la finalidad del marxismo y el cristianismo tal como lo enseñara Cristo, son la misma, no lo son menos los métodos y procedimientos para alcanzar estos objetivos. Ya no se discute en el ámbito cristiano al legítimo ejercicio de la violencia ante la violencia del régimen capitalista. A la violencia institucionalizada del régimen debemos oponer la violencia del pueblo trabajador.

La Iglesia Joven y el pueblo cristiano y todos los trabajadores de nuestra patria pueden exclamar como el héroe de Niko Kantzakis en "Cristo de nuevo crucificado": "Nuestro Cristo es pobre, está perseguido, llama a las puertas y nadie le abre. Vuestro Cristo es un rico poderoso que se tutea con las autoridades. Atranca su puerta para comer sin dar una migaja a nadie. Vuestro Cristo tiene el vientre lleno y proclama complacido: este mundo es justo, honesto, compasivo, a mí me agrada. Quienquiera haga un gesto para invertir este orden, será excomulgado. Nuestro Cristo, en cambio, es un desaharrapado que, al contemplar los cuerpos hambrientos y las almas angustiadas, exclama: ESTE MUNDO ES INJUSTO, DESHONESTO, CRUEL; PRECISO ES QUE PEREZCA".

Para los cristianos, como para los marxistas, las figuras heroicas del Che Guevara y del Padre Camilo Torres son los símbolos vivos y vigentes de nuestra acción futura. La oligarquía económica y su régimen deben perecer. Para ello es necesario aunar nuestros esfuerzos, nuestra fe y nuestro sacrificio, debemos actuar dejando de lado el estupefaciente de la discusión bizantina, del malabarismo dialéctico y silogístico, lanzándonos a la acción sin esperar otra retribución que la crucifixión. La lucha de clase explotada contra clase explotadora es una lucha política por la toma del poder; pero una lucha de política de "clase explotada" y no política exclusivamente partidista o electorera. La clase nos une, la política-partidista nos divide. Esta unidad de clase es perfectamente posible y necesaria a través de la organización sindical y gremial revolucionarias. La absurda mentalidad sindical o gremial legalista debe ser reemplazada por la acción revolucionaria dentro de la fábrica, la em-

**Monseñor
Silva:
un cardenal
con
problemas.**



presa, la oficina o cualquier sitio de trabajo. Que los políticos profesionales comprendan definitivamente que ellos no podrán hacer la revolución del pueblo en este país, ni en ningún país latinoamericano, y que para ello es necesario dejar paso libre al pueblo trabajador que, actuando como clase explotada, es capaz de arrollar todas las dificultades y tropiezos que se pongan en su camino.

La Iglesia Joven no pretende ser una institución más, ni menos una colectividad político-partidista. Intimamente asimilada y confundida con el pueblo puede exclamar ante sus hermanos de clase con legítimo derecho que el alma humana busca la verdad a través del cristianismo, sin intermediarios falsos y engañosos que "cristianos" jerarquizados introdujeron en él; quisiera unirse a Cristo directamente. La indignidad de los cristianos ha sido la causa del olvido de Cristo y el renacimiento cristiano será, ante todo, una aproximación a Cristo, hacia su verdad, libre de toda traba y sin las interpretaciones interesadas y farisaicas que han hecho del cristianismo un enemigo del pueblo. Ha llegado el momento en que el cristiano dejará de ser un obstáculo en el camino del cristianismo que es pueblo explotado y masacrado. La Iglesia Joven puede decir: no somos el ejército de la violencia, sino que somos el ejército de las víctimas de la injusticia, y a la violencia de aquella opon-dremos nuestra propia violencia, como lo hiciera Cristo al arrojar a los mercaderes del Templo de Dios, armado de un látigo.

¿Qué puede lograr la justicia, cómo puede imponerse en un mundo injusto y desvergonzado si no está armada? Nosotros, dice la Iglesia Joven, armaremos la Justicia, puesto que ellos arman, y muy bien, su injusticia. Cristo no es solamente un cordero, es también un león. Y como león es como vendrá hoy con nosotros. Si Cristo descendiese hoy a la tierra, a un mundo como éste ¿qué crees que llevaría sobre los hombros? ¿Una cruz? NO, llevaría una metralleta.

CLOTARIO BLEST R.